



LA ESTRUCTURA GENERACIONAL, UNA HERRAMIENTA PARA EL ESTUDIO DE LA ELITE INTELLECTUAL EN EL SUR DE COLOMBIA 1904-1930

MARÍA TERESA ALVAREZ HOYOS
Profesora Universidad de Nariño, Pasto, Colombia

Colombia a comienzos del siglo XX era una república que había ensayado, a lo largo de un siglo, diferentes modos de organización social, y sólo hasta después de haber realizado la confrontación más dura a finales del siglo – la Guerra de los Mil Días – comenzó a estructurar una nueva configuración de país, con características más civilizatorias y correspondiente a las tendencias hacia la modernización que vivían los países de América Latina.

Dentro de esta república se conjugaron algunas regiones que, ordenadas así desde la etapa colonial, habían corrido con la suerte de dar una fisonomía al país y de poseer una caracterización bastante marcada. Antioquia, por ejemplo, con un espíritu empresarial y colonizador de nuevos territorios que le había dado un estatus importante dentro del conjunto nacional, Cartagena, con su informalidad y sus relaciones con el mundo a través del Caribe,

que parecía que otros vientos se respiraran en el contacto con el mar, Bogotá, con el peso de llevar a costas no sólo un país y su estructura administrativa sino toda una mentalidad centralizadora, Popayán, donde el espíritu de la colonia y la herencia de los abolenos parecía no disolverse fácilmente, y así se podría recorrer otras dos regiones más hasta encontrar a Pasto, lugar de paso obligado entre Nueva Granada y Quito que se constituyó en importante asentamiento colonial y que va a jugar un papel contradictor al empuje del proceso independentista.

La nueva nación había hecho ingentes esfuerzos por desconocer sus antecedentes hispanos al establecer la estructura organizativa del nuevo Estado y al tratar de insuflar un espíritu acorde con su estatus de nueva República. Era el proceso de constituir una nueva configuración social, aquello por lo que trabajaron Bolívar, Santander y todos los que, a lo largo del siglo XIX,

propusieron nuevas constituciones y sucesivos ordenamientos. El peso que aún ejercía el estado dinástico y los soberanos autocráticos y sus representantes sobre las mentes de los ciudadanos de la nueva república seguía siendo grande y la instauración de la nueva configuración, del nuevo orden social que conllevaba la convicción de que el poder radicaba en el pueblo, chocaba con los intereses encontrados de terratenientes, artesanos, clérigos y pueblo en general.

Es sólo con la llegada de la industrialización y urbanización, a finales del siglo, como este nuevo orden social empieza a hacerse real en las mentes de los colombianos. Cada región vivía el proceso con sus peculiaridades y, en algunas de ellas, los historiadores han dedicado numerosos estudios para exponer cómo sucedieron los cambios y los fenómenos que los acompañaron; en otras regiones como Pasto, la historia del proceso apenas empieza a escribirse.

Al abordar esta historia de la cultura local, hay que estar en guardia para no caer en la tentación historiográfica de amontonar acciones particulares de hombres concretos, cuya única relación entre sí fue la de existir en un momento determinado; se trata de buscar el desarrollo de modelos que permitan comparar las diversas regiones del país, a partir del estudio de una región en particular, con lo cual se amplíe la perspectiva histórica y se dé lugar a la continuidad en la investigación. Sin duda es inevitable que los intereses contemporáneos guíen las interpretaciones, que la “adjudicación de luces y sombras” dependa de los ideales y de los principios propios de la cosmovisión que hoy determina los claroscuros de la investigación, pero siempre la

búsqueda debe ir hacia el establecimiento de modelos de relación que, aunque incipientes, permitan establecer la vinculación entre la teoría y el dato concreto.

El análisis de la historia de la cultura local, a partir del estudio de la élite intelectual de comienzos del siglo XX, contribuye a aclarar los modos en que los individuos dependen unos de otros recíprocamente, tanto para la época como para establecer las equivalencias con el período histórico actual. En este sentido, todo estudio sobre una configuración humana, sea antigua o presente, permite comprender el universo en que actualmente vivimos, así como también, permite darse cuenta de que las transformaciones a las actuales configuraciones dependen muy estrechamente de que las experiencias que ha tenido una generación se puedan transmitir como saber social aprendido a las siguientes generaciones.

El colectivo de intelectuales en estudio perteneció a una formación social de transición caracterizada por pertenecer a una sociedad agraria en proceso de urbanización, en la que la configuración de los hombres “terrateniente–campesino–sacerdote–funcionario–pueblo” presentaban interdependencias funcionales entre sí y con las restantes posiciones de la sociedad. Sin embargo, el haber seleccionado a la élite intelectual como el objeto fundamental del estudio no significa considerar que la historia la hacen los “héroes” o los “grandes hombres”, o que la investigación se basará en las obras o hazañas individuales. Se trata, por el contrario, de establecer las líneas de vinculación entre las acciones y méritos de actores individuales y la estructura de las asociaciones sociales dentro de las cuales aquellas acciones toman importancia; o visto de

otra forma, la élite intelectual no puede existir fuera de una sociedad en concreto, ni la sociedad es un fenómeno que exista por fuera de los individuos que la conforman.

Considerar a los intelectuales como personajes aislados no tendría sentido, ya que son producto de una sociedad y de una época; su obra individual es fruto del substrato cultural y de las experiencias vividas desde su juventud en el ámbito de su pueblo, a través del trabajo, asociaciones, influencias religiosas y movimientos culturales.

El análisis simultáneo de posiciones y configuraciones sociales permite descubrir que un individuo, por más poder que ostente, no puede desconocer las fuerzas sociales que se mueven en el ámbito donde ostenta su poder. Qué decir del poder de los clérigos sobre el hombre del común, el cual se ejerce sin cuestionamientos, o del papel de los gamonales y caciques que tienen bajo su mando directo o indirecto importantes colectivos de personas en el campo?

La propuesta que plantea este trabajo se orienta a conocer a fondo una *generación de intelectuales* que le apostaron a cambiar la sociedad en que vivían. Esta generación se puede decir que personificó un estado del desarrollo de la región, un estado de ánimo que venía construyéndose a lo largo del siglo XIX y que eclosiona casi cien años después, cuando este grupo de intelectuales quiere explicar y explicarse el origen de su malestar frente al país y frente a sí mismos. Es el momento cuando, ya cansados de las guerras - algunas de ellas originadas a partir de este territorio - se quieren cambiar las costumbres políticas, introducir nuevas formas de relación entre

los ciudadanos, más acordes con los procesos de modernización y urbanización que se ven llegar.

Esta generación empieza a complejizar las relaciones sociales a través de la institución de nuevos organismos: asociaciones literarias, biblioteca pública, el Banco del Sur, la Junta de Mejoras Públicas, las escuelas formadoras de maestros y maestras, el Centro de Historia, la Universidad pública, el teatro de la ciudad y todos los que surgen de ser una nueva unidad administrativa en el país, por haberse convertido en el décimo departamento. Esta *generación* de intelectuales, que le apostó a cambiar las condiciones de rezago cultural y económico de la región, empezó una “transformación civilizatoria”, que modificará la organización espiritual y material de la comunidad en todos sus órdenes.

Las visiones que la ciudad de Pasto ha sugerido a los historiadores tienen que ver con la “lentitud de los procesos”, “la vida para el autoconsumo”, “la religiosidad a toda prueba de sus gentes”, “aquel lugar donde nunca pasa nada”, y aunque esto pueda tener algo de cierto, se han subestimado los procesos semi-encubiertos que se sucedían a la par de aquella calma desconcertante: los comerciantes fortalecían sus vínculos con el extranjero a través del intercambio vía Barbacoas-Tumaco y Guayaquil-Ecuador; la explotación minera de la zona occidental del Departamento acrecentaba los capitales de los inversionistas y les hacía pensar en nuevas posibilidades de inversión, la juventud instruida fundaba periódicos donde expresar sus inquietudes literarias, sociales y políticas.

La historia de la cultura local a comienzos del siglo XX, no es, entonces, la histo-

ria plana, lineal que han querido transmitir algunos historiógrafos. Es una historia atravesada por nuevos intereses, por una vida intelectual muy activa y por curiosos personajes quienes recibieron, posiblemente del entrecruce de una educación impregnada por el radicalismo liberal y la respuesta conservadora, la posibilidad de enfrentar con una posición de mayor tolerancia la relación con sus contemporáneos. Es la historia de una generación –en la cual se incluyen *precursores, gestores y continuadores*– que, por encima de los intereses de partido, compartía tanto un substrato cultural por el cual se habían sentido excluidos dentro de la nación durante casi un siglo, como la necesidad de demostrar que la reivindicación de sus derechos pasaba por el logro de la autonomía para su región.

La estructura generacional

El concepto de generación, a pesar de sus imperfecciones, es uno de los pocos que puede dar respuesta a una característica manifiesta de los movimientos intelectuales. Tamayo, en *Historia del indigenismo cuzqueño*, se pregunta: ¿Por qué los escritores de un tiempo dado, usan las mismas teorías, las mismas palabras, parecidos conceptos, similares estilos, determinadas maneras y climas de sensibilidad?¹ La coetaneidad, un elemento importante dentro del concepto de generación, corresponde a aquellos que tienen en común una zona de fechas de nacimiento, una comunidad espacial y un contacto vital, que juntos sig-

nifican una comunidad de destino, una unidad de su estilo vital.

Se dice que hay una *generación* “allí donde un grupo de hombres, relativamente coetáneos, comparte una misma sensibilidad, un estilo existencial y, sobretodo, una misión. Subrayo este último factor, porque sin misión o empresa histórica no se da formalmente una conciencia generacional”.²

Para Ortega y Gasset una *generación* es esa configuración de la existencia humana con que cada hombre se encuentra al nacer, es una realidad colectiva y no individual; está constituida por ciertas opiniones, valoraciones imperativas que se caracterizan por la peculiar cualidad de ser vigentes, de dominar automáticamente en la sociedad de que se trata, de imponerse a todo individuo, quiera este o no. El individuo puede oponerse a ellas, luchar contra ellas, pero esto demuestra mejor que nada la realidad de su imposición, de su vigencia sobre el cuerpo social donde ese individuo vive. Para Ortega una generación es una zona de 15 años, durante la cual una cierta forma de vida fue vigente. La generación sería pues, la unidad concreta de la auténtica cronología histórica o dicho de otra forma, que la historia camina y procede por generaciones.³ A diferencia de Ortega, José Juan Arrom propone la aplicación de un método para el ordenamiento de las letras hispanoamericanas, en el cual la “zona de fechas de nacimiento” abarca un

1. TAMAYO, J. *Historia del indigenismo cuzqueño. Siglos XVI-XX*. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1980, p. 43.
2. CEREZO GALÁN, Pedro. “Ortega y la generación de 1914: un proyecto de ilustración”, *Revista de Occidente* (Madrid), No. 156, (mayo) 1994, p. 6.
3. ORTEGA Y GASSET, José. *Ensayos sobre la “generación del 98” y otros escritores españoles contemporáneos*, Revista de Occidente. Madrid: Alianza Editorial, 1981.

período de 30 años y un “período de predominio” también de 30 años.⁴

Pedro Laín Entralgo y Julián Marías han incursionado sobre la historia de la idea de las generaciones: el primero, acepta la idea de generación con restricciones, supone que su origen es todavía de carácter naturalista y biológico y no considera que pueda ordenar absolutamente a la historia; lo adopta como una convención historiográfica; no es una categoría histórica sino un suceso histórico y plantea que una generación es “una fuerte semejanza histórica de varios hombres coetáneos”. Para Julián Marías, sólo hay una rigurosa teoría de las generaciones en Ortega, ya que en este filósofo la teoría de las generaciones no es una doctrina aislada, sino una pieza indispensable de una “teoría general de la realidad histórica y social”, con fundamento en una metafísica de la vida humana. Marías rechaza las objeciones de biologismo y vitalismo, para señalar que la generación no es un mero suceso histórico, pues las generaciones determinan efectivamente la articulación del cambio histórico. Según Ortega, “no se puede intentar saber lo que en verdad pasó en tal o cual fecha si no se averigua antes a qué generación le pasó, esto es, dentro de qué figura de existencia humana aconteció”.⁵

En el caso del estudio de la élite intelectual en el sur de Colombia, se plantea la existencia de la *Generación de 1904*, la cual llena dos requisitos fundamentales para que se constituya como tal, a saber: que

corresponda a un *hito histórico* y que se verifique un *encuentro temporal* de una diversidad de personajes que constituyen claves decisivas para el desarrollo social y humanístico de la región. La Generación de 1904 inicia su predominio alrededor de la creación del Departamento de Nariño, hecho que se constituye en el reconocimiento de la autonomía regional y que permite la autoafirmación de valores y tradiciones. Este hecho se considera *hito histórico* porque logró transformar y aglutinar personas e instituciones en torno a la constitución de un proceso que conllevó no sólo la modernización del aparato estatal sino la expresión de un pensamiento moderno a través de la cátedra, el periodismo, la difusión y aplicación de nuevos saberes científicos y la formación de espacios de creación cultural.

El *encuentro temporal* se verifica en una serie de personajes, cuya fecha de nacimiento se ubica alrededor de treinta años atrás. La vigencia alcanza 30 años después, espacio de tiempo que coincide con la finalización del período de la Regeneración y da origen al predominio de una nueva generación.

La generación de este período irrumpió con una conciencia común sobre las prioridades del trabajo científico y del progreso regional; su involucramiento con las circunstancias la perfila como una generación atípica dentro del desarrollo posterior de la región. A pesar de haber estado compuesta por personajes heterogéneos, disímiles y aún

4. ARROM, José Juan. *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Ensayo de un método*. 2ª edición. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1977.
5. ORTEGA Y GASSET, J. *Esquema de la crisis*, 1942, p. 13, citado en FERRATER MORA, José. *Diccionario de Filosofía*, Tomo I, Buenos Aires: Editorial Suramericana. pp. 748-749.

contrapuestos, surgidos de diversos orígenes, compartieron una comunidad de convicciones, de similares entusiasmos y, en muchos casos, de unidad de estilo.

Aunque esta generación tuvo su apogeo en la primera década del siglo XX, bajo el gobierno de Rafael Reyes y la administración de Julián Bucheli, quedaron sembradas las bases para la continuación –aunque a un ritmo más lento– del proceso de desarrollo regional. En los años siguientes surgen nuevos intelectuales, muchos de ellos discípulos de los gestores de la Generación de 1904, cuyas realizaciones descuellan a nivel local, nacional e internacional. Entre los intelectuales que hicieron parte de esta generación se encuentran José Rafael Sañudo, Julián Bucheli, Fortunato Pereira Gamba, Belisario Ruiz Wilches, Jorge Alvarez Lleras, Benjamín Belalcázar, Enrique Muñoz, Manuel María Rodríguez, Ildefonso Díaz del Castillo, José Rafael Zarama, Sergio Elías Ortiz y Leopoldo López Alvarez.

Precursores, gestores y continuadores

Para caracterizar esta élite intelectual en su pensamiento y acción, se requiere establecer el perfil de estos productores cultu-

rales, según su pertenencia a los tipos que integran la Generación: precursores, gestores y continuadores. Se entiende por *precursores* aquellos que en las tres últimas décadas del siglo XIX intervinieron activamente en la formación de la nueva generación y aportaron significativamente en el desarrollo material y espiritual de la ciudad. Los *gestores* constituyen el núcleo central de la Generación, cuya actividad se despliega o se inicia alrededor de uno o varios de los siguientes componentes: búsqueda del desarrollo regional, construcción de un nuevo orden social e integración en la cultura universal. Los *continuadores* son el grupo de intelectuales que recibieron la influencia de los anteriores y que pusieron en marcha muchas de las iniciativas emprendidas por ellos.

A manera de conclusión se puede decir que la aplicación del concepto *generación* hace posible ordenar la realidad que ofrece la cultura intelectual de Pasto, de modo que se perciban claramente aspectos que aparecían borrosos o pasaban inadvertidos. Se pueden identificar tendencias predominantes y también corrientes sumergidas y aunque sus integrantes se desplieguen en direcciones diversas, no dejan de ser partícipes de la generación.